

EL PENSAMIENTO INDEPENDENTISTA EN CUBA Y PUERTO RICO

Demetrio RAMOS

Catedrático emérito

Miembro de número de la Real Academia de la Historia

Son treinta años de guerra y con tal dimensión se olvidaron los historiadores de la ideología que mantuvo en ascuas a los hombres de la manigua.

Pero un pensamiento —el que sea— apenas tiene principio: se confunde con ilusiones muy distintas del problema que después llegaron a medular. ¿Miraban hacia adelante, tan sólo? ¿Desde dónde partían?

Curiosamente lo que encendió el problema de las Antillas no parte de Cuba, sino de Europa y, para no pocos pensadores del independentismo, de la misma España.

Porque, además, la guerra de Cuba, en su comienzo de 1868, se inició prácticamente sin ideología. Más bien era un ímpetu impensado: para los cubanos, con el grito de Jara, por Carlos Manuel de Céspedes, y también para los españoles, pues tantas cosas sucedían en la Península —el cuartelazo de San Gil, los levantamientos de todas clases hasta la revolución de septiembre del mismo 1868— que apenas se preocuparon los gobiernos por tomar precauciones militares, y hasta el extremo de que sólo contaba la Isla con unas guarniciones que apenas sumaban 7.000 hombres.

La complejidad de Cuba

Por otra parte ¿qué debemos entender por Cuba? Aquí estaba uno de los aspectos engañosos: pues la sociedad cubana no era una unidad, por los matices diferenciadores entre blancos y criollos y, sobre todo, por la distinta densidad de la masa de color, con sus variantes de negros, mulatos, cuarterones, etc. Además, claro es, de la radical diferencia de su economía. Por que Cuba, como escribió el gran historiador Levi Marrero, no era una masa moldeable, sino un precipitado socio-económico, que se fue creando, a lo largo de los años, «por los cubanos, más que por la política de España» (1). Cabe así hablar de tres Cubas: *la Oriental*, la propio Cuba histórica, cuyo núcleo político y militar estaba en Santiago de Cuba, que se extendía hacia el interior por el paisaje arriscado y boscoso de la Sierra Maestra. En este ámbito predominaba la economía cafetera, introducida a principios del siglo por los refugiados de Haití (2). Era el Oriente el área de

(1) LEVI MARRERO: *Cuba: Economía y Sociedad*, Río Piedras (P.R.), 1972-1988.

(2) GABRIEL DEBIEN: «Les colons de Saint-Domingue réfugiés à Cuba», *Revista de Indias* (Madrid), núm. 55-56 (1954), M. PÉREZ DE LA RIVA: *El café, historia de su cultivo y explotación en Cuba*, La Habana, 1944.

menor densidad de población y donde se daba desde la aplicación de la política de Kindelan que, de acuerdo con lo dispuesto expulsó a casi toda la población francesa, en 1809 y, también, envió hacia el centro y occidente a muchos de los negros haitianos, en previsión de sublevaciones de contagio (3), un equilibrio entre blancos españoles, criollos y negros.

Área muy distinta la constituía la *Cuba occidental*, con cabeza en La Habana, donde la población blanca (nacidos en la Península y sus islas), en época del general Concha, ascendía a 38.682.

Blancos criollos eran	205.427
Negros y demás de color	289.507

Y, por último, en la *región central*, de la que podía tenerse por cabeza a Puerto Príncipe, los valores era 5.305 pobladores de España y sus islas.

Con un volumen total de blancos criollos de	109.649
Mientras que los de color ascendían a	81.100

El significado de estos datos está en que se consideraba garantizada una amenaza en aquella región donde la gente de color constituía una mayoría, es decir, en la región Occidental, de grandes ingenios y plantaciones azucareras, motivo por el cual el criollo no se sentía tentado a sublevaciones o alzamientos, por temor a que los negros aprovecharan la oportunidad y se emanciparan. Pero donde no había ese contrapeso, como en Oriente, las tentaciones a la subversión eran más explicables. Por eso, el Oriente fue siempre más propicio. Seguido, claro es, por el centro, donde si el contrapeso era muy relativo, en cambio el foco cultural, generado por la existencia de la Real Audiencia de Puerto Príncipe, creó la tendencia a buscar una educación superior en los Estados Unidos, de lo que se derivaba una promoción de gentes inclinadas a unas ideas políticas y aún más, a sistemas económicos y de participación, que pugnaban con la situación vivida. Tal fue el Caso de Gaspar Betancourt, natural de Puerto Príncipe quien, naturalmente, a su regreso difundía las ideas del país del Norte, y que terminó regresando allí, otro ejemplo le constituyó —entre varios— Joaquín de Agüero quien, a mediados de 1851 promovió un grupo armado. Por ello, el general Concha insistió —era la forma de resolver las cosas— en la necesidad de extinguir la Real Audiencia de Puerto Príncipe, para evitar la proliferación de abogados y el amparo de los oidores, lejos de la autoridad del Capitán General. Llegó a llamar a la ciudad «nido de víboras» (4).

(3) ROSARIO SEVILLA SOLER: *Las Antillas y la Independencia de la América española*, Sevilla, 1986, detalla que salieron 8.464 franceses. Vid. También en éste y tantos más aspectos de la obra de HUGH THOMAS: *Cuba, la lucha por la libertad*, Barcelona, 1973, 3 vols. para esta época, el vol. I.

(4) JOSE GUTIÉRREZ DE LA CONCHA: *Memorias sobre el estado político, gobierno y administración de la isla de Cuba*, Madrid, 1853. DIONISIO A. GALIANO: *Cuba en 1858*, Por R.O. de 7 de agosto de 1838 se había creado la R. Audiencia de La Habana, como pretorial, pero subsistió la de Puerto Príncipe, todavía varios años.

Esta consideración de fondo nos basta para tener a la vista las distintas posibilidades de arrastre de la voluntad de los cubanos, que por lo común tenían acuñada una impresión muy simple sobre los gobernantes que mandaba la Corte, que Emeterio S. Santovenia expresó así, para referirse a la época anterior al 68, con ocasión de la llegada de O'Donnell: «en él... se cumplió el perturbador principio que depositaba el mantenimiento de las posesiones ultramarinas en individuos a quienes los hombres influyentes en la Corte necesitaban premiar los servicios de partido o alejar de la Península por razones políticas» (15).

No vamos a extendernos en la política de reformas que fue introduciendo la sucesión de Gobiernos, ni tampoco en los planteamientos que los partidos políticos creados después en Cuba tuvieron en sus programas, a partir del establecimiento del *Consejo de Administración de la isla de Cuba* en la época de Serrano, ni del sistema de informaciones para las reformas posibles de 1865, que había de recibir y estudiar la llamada Junta de Información (6). Todo ello está analizado, y bien analizado, así como las consecuencias de los alzamientos correspondientes, por nuestro colega Luis Navarro, con su habitual competencia (7). Mas toda esa política, con su buena voluntad, no pasaba de un reformismo que aspiraba a mantener los lazos con España e incluso a facilitar el fusionismo inalcanzable. Los múltiples textos de José Antonio Saco dicen mucho sobre las aspiraciones, que si inicialmente se conformaba con una autonomía, con el ejemplo atractivo de la situación de Canadá, no podría llegar a satisfacerse, cuando el patriotismo cubano era un hecho.

Y más, desde que fue activada la hostilidad a España desde Chile y Perú, con ocasión de la torpe guerra llevada a cabo por España en el Pacífico, con la tremenda actividad de Benjamín Vicuña Mackena desde Nueva York, con la fundación del periódico que desde Estados Unidos difundió las ideas antillanas. Pero detrás de cualquier actividad estaba el aire dulce del romanticismo, que acunó todas las voluntades. Así lo vemos en Martí, con sus *Versos sencillos*, con sus cartas. Como en ésta a su madre, D.^a Leonor, a la que en mayo de 1894 decía: «Ahora voy al Cayo [Hueso] por unos cuantos días, y de allí sigo mi labor, más pura, madre mía, que un niño recién nacido, limpia como una estrella, sin una mancha de ambición, de intriga o de odio...». O esta otra, en la que se despide, diciéndole: «y ahora bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza».

Todo éxito se derivaba de que hasta fines del XVIII se mantuvo la R. Audiencia de Santo Domingo como cabeza judicial, con capacidad de visita sobre todas las Antillas y Venezuela (hasta 1777); más, con la paz de Basilea de 1795 (se cedió a Francia la isla Española, aún en manos de la metrópoli, y se trasladó a Puerto Príncipe la cabeza de la justicia en el Caribe).

(5) EMETERIO S. SANTOVENIA, en el lib. I, cap. I, «Ruptura con la Metrópoli», del t. IV de la *Historia de la Nación Cubana* de RAMIRO GUERRA y SÁNCHEZ, JOSÉ M.^a PÉREZ CABRERA, JUAN J. REMOS y EMETERIO S. SANTOVENIA, La Habana, 1952.

(6) Vid. p. ej. uno de ellos, muy expresivo: FERMÍN FIGUEROA: *Estudios sobre la isla de Cuba: La cuestión social*. Madrid, 1866 (todavía existía la esclavitud y se proponía llevar a los campos a la doméstica y fomentar la inmigración de trabajadores libres, hecho que será de gran importancia).

7 LUIS NAVARRO GARCÍA: *La Independencia de Cuba*, Mapfre, 1992, en veinticuatro excelentes capítulos.

Y no deja de ser curioso que todos los ideólogos respiren ese aire de quebradiza delicadeza. Todos han descubierto la generosidad de las entregas durante largos viajes, como si fueran peregrinos. Han bebido las aguas de la Europa romántica, entregada —no lo olvidemos— a hacer la Patria, componiéndola, como en Italia los seguidores de Mazzini. Por eso no es extraño que Martí confesara en sus «Versos sencillos», su romanticismo, con estas enunciaciones:

«Yo te quiero, verso amigo
porque cuando siendo el pecho
ya muy cargado y deshecho
parto la carga contigo...».

Céspedes y su época

¿Qué sabemos de las primeras ideologías de los que fueron guías iniciales de los patriotas cubanos? Muy poco, Carlos Manuel de Céspedes, biznieto del que promovió el grito de Yara —a quien conocí en 1996—, no pudo facilitarnos sobre su antepasado más que la imagen de su liberalismo romántico. Era un prototipo de aquella época, como el Padre Félix Varela: amantes de la literatura y de las «ideas bellas». Y no deja de ser curioso que apenas nos proporcionó noticias sobre su bisabuelo, cuando del Padre Félix Varela llega a decirnos que fue «el primero que nos enseñó a pensar en libertad», hasta llamarle «sembrador del precioso grano de mostaza».

Céspedes, como sus compañeros de ideas, nada tuvieron que ver con los sucedidos a principios del XIX en la Hispanoamérica continental, con aquellas repúblicas «sangradas y desangrándose aún en sus complejos asuntos internos, en sus interminables problemas fronterizos...». Estaban y se sentían más vinculados a Europa.

Cuba vivía un evidente bienestar, compartido por gran parte de la población libre de la Isla. La potencialidad intelectual estaba ligada a la explosión del romanticismo liberal de Europa, como se observa en el *Espejo de paciencia* de silvestre de Balboa. Pero nació así el ansia de Patria.

Pero no por un odio a España y a lo español. Había un «algo misterioso», dice el descendiente del promotor, entre Cuba y España «en el hondón del animus hispano y del cubano que no he percibido con la misma intensidad en otras naciones del continente». Por muy críticos que fueran de las administraciones españolas «siempre hemos vivido una relación profunda, entrañable, con España». Y el libro en lo que todo esto nos explica el sucesor directo de Céspedes, está —y hay que valorarlo— escrito en la Cuba de hoy (8).

Tenemos un retrato exactísimo del físico de Céspedes gracias al reportaje que el periodista irlandés James O'Kelly incluyó luego en su libro *La tierra del*

(8) CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES GARCÍA MENOCAL: *Promoción humana, realidad cubana y perspectivas* (ponencia presentada en la II Semana Social Católica, La Habana 17 a 20 de noviembre de 1992).

Mambí (9), al decir de él que «aunque... Céspedes es un hombre de corta estatura, posee una constitución de hierro. Nervioso por temperamento, permanece siempre en posición erecta. Los rasgos de su fisonomía son pequeños, aunque regulares. De frente alta y bien formada, ojos entre grises y pardos, aunque brillantes y llenos de penetración, refleja en su cara oval las huellas dejadas por el tiempo y los cuidados. Además, oculta la boca y la parte inferior de su cara un largo bigote y barba de color gris, con unos cuantos pelos negros entrelazados; muestra al sonreír unos dientes extremadamente blancos y, con excepción, muy bien conservados».

En sus años juveniles —en los que gustó de la buena mesa— realizó varios largos viajes a Europa. Esto es lo que más nos importa, pues así se puso en contacto con las ideas que agitaban a los países visitados. Y lo mismo hicieron otros luego destacados cubanos, los ingresos que les producían las actividades familiares y propias les permitían esos ansiados lujos, Aguilera, Mármol, Fernando Figueredo, el autor del himno cubano, inspirado en La Marsellesa, que tanto le impresionó oír en Francia.

Céspedes, que pertenecía a una amplia e importante familia (10), pues uno de sus pasados fue incluso alcalde de La Habana, viajó, naturalmente a España, en 1840, donde se graduó en Derecho.

Pero también se dejó captar por las historias de Ampurias o de la romanidad, como de la Reconquista; visitó Inglaterra, donde perfeccionó su conocimiento del idioma de Shakespeare y se asombró al ver los pasos que se daban con su desarrollo industrial, «Albión sería para él —ha escrito Eusebio Leal— una escuela, como lo fue para Francisco de Miranda o para Simón Bolívar» en el pasado. Estuvo también en Francia, donde todavía se respiraba la «gloria» de Napoleón; estuvo también en Alemania, como admirador de su ascensión, atraído por los escritos de Humboldt, sobre todo por su *Ensayo político de la isla de Cuba*, donde contaba con tantos admiradores, Paso Céspedes a Turquía, al misterioso país que hizo tambalear a la Europa cristiana.

Después de recorrer Italia, agitada por los promotores de la idea unitaria, lo que hubo de ser para el joven cubano una gran lección, volvió a atravesar Francia, para embarcar en El Havre.

Así volvería Céspedes deslumbrado por todo lo visto y sabido en Europa. Cuba —y más la de Bayamo— hubo de parecerle un libro abierto, con sus páginas en blanco, donde sería necesario empeñarse en impulsar un movimiento de progreso acelerado. Así se desprende de su poema autobiográfico:

«La calma, como a ti me sofoca,
pavores de silencio me infundía,
y ver pasar un día y otro día
siempre la esencia misma me cansaba;
sentí la vida andar despacio,
y buscar a mis alas quise espacio».

(9) JAMES O'KELLY: *La tierra del mambí*, conocimos la edición de Cultural, S. A. La Habana, 1930.

(10) Excelente esquema de su vida en el prólogo de Eusebio Leal Spengler: al *Diario perdido*, La Habana, 1992, págs. 11-71.

El modelo europeo fue para Céspedes el motor movilizante, a impulso de las ideas de la romántica generosidad. De su recorrido conservó como testigos al cocinero franco-alemán y sus gustos por los buenos platos. Como estuvo pendiente de todo lo que sucedía en Europa. ¿Puede extrañar que se sintiera incómodo en aquella Cuba inmóvil?

Sus ideas –las que empezó a proyectar– las tenemos reflejadas en su manifiesto, el que publicó la Junta Revolucionaria de la isla de Cuba, pero redactado por él. Fue un texto conciso, como el «Grito de la Demajagua, su ingenio, pero donde Céspedes estableció como puntos esenciales, además de la deseada independencia política y también económica, la abolición de la esclavitud, con la igualdad de derechos. Tan insensato parecía todo, como si fuera una predicción homérica, que ni contaba con armas. Era el pueblo el que debía sentirse protagonista.

Como los promotores que había visto en Europa, al menos con los que trató, se sintió laico y se había hecho masón. Estaba en la moda de su época del «poder popular». Con un objetivo fundamental, como luego lo expresó Máximo Gómez: «los cubanos no buscamos, no queremos tener primero, más que Honor, Patria y Libertad».

Sentimental, como romántico, llegó a definirse, tras el inicio de la guerra de los Diez Años en 1868, como destinado al sacrificio: «en cuanto a mí, soy una sombra que vaga pesadosa en las tinieblas» (11). También, del Diario extraemos este otro ejemplo: «mande –hace constar– con el Capitán Quintín Banderas, que lleva a Vega a Jamaica, un paquetico que contiene pelos de mi cabeza y barba para mis hijitos que están en el extranjero y tal vez sea lo único que vean de mi persona».

Una última nota, queremos agregar a este esquema voluntarioso, un párrafo de la carta que Céspedes escribió a su representante en Washington, respecto a los Estados Unidos, al decirle que «en mi concepto su gobierno a lo que aspira es a apoderarse de Cuba sin complicaciones peligrosas para su nación y, entre tanto, que no salga del dominio de España. Éste es el secreto de su política. Y mucho me temo que cuanto haga o proponga, sea para entretenernos y que no acudamos en busca de otros amigos más eficaces y desinteresados» (12).

He aquí como los patriotas de 1868, desde su primera figura, siente la sombra amenazante del Norte, que estuvo gravitando ya sobre sus cabezas, con esta interpretación tan interesante. Y desde aquí, se marcará la constante en todos ellos, máxime cuando a su lado sentían la peligrosa actitud de los «asimilistas». Como su Cuba tuviera ya el carácter de un botín de guerra.

Y en contraste, el síntoma de solidaridad del romanticismo europeo que Victor Hugo supo expresar con aquellas expresiones de sus días de la isla de Guernesey, en las anglonormandas.

(11) *Diario de Carlos Manuel de Céspedes* (del 27 de julio de 1873 a febrero de 1874), **lib. 2.º**, 1874, lunes 12 de enero, HORTENSIA PICHARDO: *Sobre la guerra de los Diez Años 1868-1878*, La Habana, 1979, Sobre el personaje: Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo: *Carlos Manuel de Céspedes, Escritos*, La Habana, edit. Ciencias Sociales, 1982.

(12) Carta de Carlos Manuel de Céspedes a José M.ª Mestre, de fines de julio de 1870, en Portuondo y Hortensia Picardo [], t. I, pág. 80.

Entre tanto, un fenómeno que no está debidamente estudiado: la emigración que de Cuba pasa a Norteamérica, nutrida por trabajadores, especialmente de Las Vegas, que primero pasaron de España y que, atraídos por mejores sueldos, salían de Cuba, como tantos cubanos. Gentes, en suma, humildes, de oficios manuales muchos de ellos, que constituían clubs filantrópicos, sobre los cuales actuaban las noticias de Cuba o las difundidas por la Junta Revolucionaria. Sería otro semillero de ideas, como nutrirían las expediciones filibusteras que en sus puertos empezaron a promoverse

José Martí

Otro viajero, como Céspedes, fue Martí, igualmente angustiado por su destino, con la idea de la muerte. Y también como Céspedes, envuelto por la traición, pues las muertes de ambos no fueron muy claras. Era su deber, según lo expreso en 1895 en una carta a Federico Henríquez y Carvajal: «para mí la Patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber... Hay que dar respeto y sentido humano al sacrificio... Mi único deseo sería pegarme allí al último tronco, al último peleador: morir callado» (13).

Y también como Céspedes, el inmenso temor a la amenaza norteamericana, por que —dijo— «cambiar de dueño, no es ser libre».

La actividad de Martí, hijo de españoles, nacido en La Habana en 1853, fue inmensa. Ya desde muy joven se mezcló en actividades independentistas, ante el ejemplo de Céspedes, por lo que fue condenado a seis años de presidio en 1871, cuando sólo tenía 18 años. Muy pronto conmutada la pena, por intercesión de un español amigo de su padre, pasó desterrado a España, donde aprovechó para estudiar Derecho y Filosofía y Letras en las Universidades de Madrid y Zaragoza. Fue la época en que escribió sus primeros trabajos en prosa, donde mostró un radicalismo extremo. El primero dedicado como denuncia a *El presidio político en Cuba*, lo editó apenas llegado a España, en el mismo 1871 (14), donde ofrecía simplemente la patética estampa del presidio inhumano. Dos años después publicó ya un texto plenamente político: *La República Española ante la revolución cubana* (15). Era un tanto el fruto de la esperanza republicana que alentó Pi y Margall, quien ya en su famoso libro, *La Reacción y la Revolución*, publicado en 1854, mucho antes de que aquel régimen se implantara en Madrid, se preocupó, por vez primera, por Cuba y Puerto Rico, donde —decía— «ejercemos aún la misma dictadura [de la conquista]; tenemos los mismos gobernadores, con las mismas atribucio-

(13) MANUEL PEDRO GONZÁLEZ: *Contenido profético del epistolario martiano*, trabajo presentado al *Coloquio Internacional* dedicado a Martí en Burdeos, 1974, págs.13-41.

(14) Se editó en Madrid, en 1871, por la imprenta de Román Ramírez. Hemos leído la reimpresión que se hizo en la Habana en 1953, con ocasión del centenario del nacimiento de Martí. Fue el año de las Cortes amadeístas, donde ya hizo acto de presencia la presión anarquista, como expresión del liberalismo extremo. Vid. Oriol Vergés Mundó: *La I Internacional en las Cortes de 1874*, con prólogo de Carlos Seco Serrano, Barcelona, Cátedra de Historia de España, 1964.

(15) JOSÉ MARTÍ: *La República española ante la revolución cubana*. Madrid, 1873, reimpresa, con la anterior obra, en 1953.

nes, con las mismas tendencias... Temamos por Cuba de la República de Washington, temamos de nosotros mismos. Somos nosotros mismos los que con nuestras leyes, a cuál más absurda, fomentamos allí el espíritu de rebelión, *ya tal vez inextinguible*». Dicho esto ya en 1854, no puede extrañar que un Martí, como tantos, pensara que al proclamarse la República en España había llegado el momento de la independencia organizada, o de una autonomía bajo el sistema federal de Pi y Margall.

Por eso casi en tono desafiante, advertía Martí en su opúsculo sobre la República Española, apenas proclamada, que como «hombre de buena voluntad, saludo a la República que triunfa, la saludo hoy como la maldeciré mañana cuando una República ahogue a otra República, cuando un pueblo libre al fin comprima las libertades de otro pueblo...». Y seguía en otra parte: «ante el derecho del mundo, ¿qué es el derecho de España?... Cuba quiere ser libre... Cobarde ha de ser quien por temor no satisfaga la necesidad de su conciencia. Fratricida ha de ser la República que ahogue a la República » (16).

Nos hemos fijado en estos textos –que reflejan, con la ideología martiniana, la doctrina en que se apoya, porque en ellos se nos manifiestan dos hechos que no han sido tenidos en cuenta: el primero, que apenas proclamada la República, no confía que sus mantenedores puedan abrirse a una franca comprensión del ansia cubana. Esto obliga a pensar que Martí tuvo muy primerizos contactos con Pi y Margall, de los que no se ha tenido noticia. No es extraño, pues, como afirmó Malraux, nadie sabe lo que se dijeron los grandes que forjaron la historia. Son siempre fragmentos de vida que se llevaron implacables los vientos del olvido.

Pero es inevitable reconocer en ese rastro de desengaño, y tan temprano una casi absoluta seguridad de que el federalismo quedaba al menos aplazado, lo que sólo pudo conocerlo Martí en una discusión del problema cubano con Pi y Margall, en quien hubo de tener puestas tantas esperanzas (17). Porque no poca confianza pudo despertar el horizonte explosivo de 1869, con los levantamientos federales, de acuerdo con los pactos de Tortosa, Valladolid, Córdoba, etc., con el movimiento federal que estalló en Tarragona y se extendió por Cataluña, el Pirineo aragonés, el de Valencia y los de Utrera, Carmona, Puerto de Santa María, Precisamente, además, en 1870 fue elegido Pi y Margall presidente del Directorio del Partido Federal (18), motivo por el cual hubo de convertirse para el joven Martí en poderoso foco de atracción.

Mas no es sólo esto lo que hay que ver en ese cabal opúsculo de Martí, sino también esa importante huella de la ideología internacionalista derivada de las prédicas

(16) MARTÍ: *La República Española...* [], págs. 43 y 53.

(17) C. A. M. HENNESSY: *La República Federal en España. Pi y Margall y el movimiento republicano federal. 1868-1874*, Madrid, 1966. Sus análisis de las ideas de Pi y Margall fue superado por Antonio Jutglar: *Federalismo y revolución*, Barcelona, 1966, con excelente prólogo de Carlos Seco, donde se concretó que su «fórmula política federalista... por lo menos está muy cerca de Proudhon», p. IX. Un fenómeno de desengaño semejante lo vemos en los anarquistas, en la circular núm. 8 del grupo dirigente de la federación regional, que transcribió Anselmo Lorenzo [20], t. II, págs. 100-103. Vid. *El movimiento obrero en España. La Primera Internacional*, Barcelona, 1965, citado en [21].

(18) GUMERSINDO TRUILLLO: *El federalismo español (Ideología y fórmulas constitucionales)*. Madrid, 1967, donde se ve a Pi y Margall en una línea de aproximación al internacionalismo anarquista.

de Bakunin. Pues ¿qué significa, si no, el planteamiento de esa contradicción de que «un pueblo libre al fin [España] comprima las libertades de otro pueblo...?». ¿A qué conclusión ha de llegarse cuando se invoca el «derecho del mundo», ante el cual no es nada «el derecho de España» sobre Cuba? Evidentemente, estamos ante quien ha bebido en las doctrinas de los promotores de la Alianza, tal como la estudió Nettlau, para el período 1868-1873.

Aparte de la ideología de Martí y de su impulso, desde sus días de destierro en España, interesa más –como buena lección– el mantenimiento de su hispanismo, lo que no supo verse por el gobierno de Cánovas, como punto de apoyo para llegar a una solución generosa, basada en una independencia federada.

Porque en Martí no sólo hay antillanismo, con su función de vanguardia, sino también hispanismo y, lo que es muy destacarle para calificar su generoso corazón, ya que si abanderaba la lucha por la independencia de Cuba, era compatible ese amor a su Patria con el amor que también sentía por España. Un lúcido trabajo de Manuel Marín Campos –precisamente un puertorriqueño– ha puesto de manifiesto ese sentimiento en el hombre –un Quijote– «con dos patrias». En el que recordó su estancia en Zaragoza en aquella estrofa en la que dijo:

Para Aragón, en España,
tengo yo en mi corazón
un lugar; todo Aragón
franco, fiero, fiel, sin saña.

Por eso, Marín Campos ha señalado que:

Este hombre [Martí] como mezcla de caudillo y pensador, tuvo dos patrias; adoraba a Cuba, la que añoraba dirigir libre, soberana e independiente con sus manos de libertador, y amaba a España, la nación que le había entregado la religión, la cultura, el idioma y la formación. Y nos recuerda que en su campamento rebelde de Dos Ríos, rodeado de mambises y guajiros, proclamó: No es posible olvidar que si españoles son los que nos condenan a muerte, españoles fueron los que nos dieron la vida (19).

Y también nos recuerda que días antes de regar con sangre la veracidad de sus ideas, escribió:

«Soy cubano y he padecido mucho por serlo. Pero mi padre es valenciano y mi madre canaria. Y así como ellos me tuvieron en mi tierra, así tengo un ardentísimo cariño a mis dos patrias».

Y era lo que vio en sus *Versos Sencillos*, donde el hombre Martí se nos muestra con su alma al desnudo, según el análisis espiritual que nos ha hecho otro puertorriqueño, Luis Martínez, a quien leímos el pasado año (20).

(19) MANUEL MARÍN CAMPOS: *José Martí, un Quijote con dos patrias*, en Domingo (Suplemento de *El Nuevo Día*), San Juan de Puerto Rico, Domingo, 28 de enero de 1996, págs. 5-8.

(20) LUIS MARTÍNEZ: *Los Versos Sencillos, autobiografía espiritual de José Martí*, en *Exégesis*, Humacao, P. R. núm. 23-24, 1995, págs. 85-88. También les estudia en el mismo número de *Exégesis* Alinaluz Santiago, en

Como Bolívar (21), que en la hora de su reconstrucción de la II República se limitó concretamente a la Venezuela natal y luego, tras el aplastamiento y su experiencia antillana, «desde el refugio de Angostura, vio la necesidad de sumar países en la Gran Colombia, así también Martí—como Betances y Hostos— primero ansió abrazarse a Cuba, para pasar—ya lo vimos— a sumar en una misma empresa y futuro a Cuba y Puerto Rico, para llegar insensiblemente a su Gran Colombia, es decir, a liberar también a Santo Domingo, soñando así la posibilidad—gracias a Luperón (22)— de la comunidad antillana. También, cuando ya la veía alcanzable, señaló su «misión» histórica con la formulación de la Gran América, de la que sería, como la vanguardia, la unidad de las Antillas, al tiempo que su respaldo y escudo para la función histórica de salvaguardar al mundo hispánico del expansionismo yanquí. Así, como independizar de España a las dos islas «no es ya— como leemos en Ramón de Armas—, sino premisa primera y condición inexcusable de los pasos posteriores que permitirían cumplir la verdadera función estratégica del archipiélago» (23).

Es la gran meta que ya tiene fijada el cubano genial: la segunda independencia de América. Es lo que bien se manifiesta en el discurso que Martí pronunció en 1893 en homenaje a Bolívar, al pretender seguirle «al brazo de los hombres para que defiendan de la nueva codicia y del terco espíritu viejo, la tierra donde será dichosa y bella la humanidad». La nueva codicia no era otra que el lanzado «expansionismo» del destino manifiesto de los Estados Unidos. Y en cuanto al terco espíritu viejo, la supervivencia de las estructuras de intereses en algunas de las repúblicas hispanas, pues era necesario dar solución a los grandes problemas sociales que afectaban a los grandes grupos en ellas marginados. Así, escribió su fundamental ensayo *Nuestra América* y estableció en 1891, como objetivo, la construcción de una verdadera democracia, en la que el entusiasmo de todos promovería la América Grande (24), con una economía próspera, después de «hacernos dueños de nosotros mismos». Por eso, acuñó como slogan hacer la segunda independencia, pues «en América hay dos pueblos y no más que dos... De un lado está nuestra América...; de la otra parte, está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar», pero de lo cual «hemos de vivir limpios de la mala iglesia y de los hábitos de amo y de inmerecido lujo». Frente a la desunión «vale más resguardarse juntos de los peligros de afuera, y unirse antes de que el peligro

el trabajo, *Armonía, respuesta transgresiva en los Versos Sencillos de José Martí*, págs. 89-93. En este importante número, Marcos Reyes Dávila, su director, reproduce en facsímil, el primer número de *La Patria Libre*, del 23 de enero de 1869, en el que empezó a colaborar el joven Martí, con 16 años, y que fue origen de su detención y condena. Tiene mucha razón Reyes Dávila en el interés de este número, publicado en La Habana, pues en él se inserta la réplica de Hostos al ataque de que fue objeto por su famosa conferencia en el Ateneo de Madrid, lo que prueba la atención que despertó el puertorriqueño en Cuba.

(21) Vid. DEMETRIO RAMOS: *Bolívar y su experiencia antillana*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1990.

(22) EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI: *Luiperón y Hostos*. Santo Domingo, 1939; RAMÓN DE ARMAS: «Acercas de la estrategia continental de José Martí. El papel de Cuba y Puerto Rico», en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, 7, 1984, págs. 88-112.

(23) JOSÉ MARTÍ: Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en honor de Simón Bolívar, en *Obras Completas*, tomo 8, 1993, p. 247.

(24) JOSÉ MARTÍ: La América grande en, en *Obras Completas*, tomo VIII, p. 297.

exceda a la capacidad de sujetarlo». Por eso, en la conferencia de Washington de 1889, a la que asistió como Delegado, rechazó «el plan norteamericano de arbitraje continental y compulsatorio sobre las repúblicas de América, como tribunal continuo [permanente] e inapelable, residente en Washington» (25).

Al ver a las dos Américas frente a frente, entendía Martí que:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder...; serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada (26), [pues] la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre..., sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas Libres, la independencia amenazada de la América libre. Ésta es tarea de grandes (27).

Por consiguiente, hubo un momento en el que no fueron tan radicales los promotores independentistas. Carlos Manuel de Céspedes, el iniciador en 1868 de la guerra de los Diez Años, admitió el trato con Prim, que secretamente fue el que, clarividentemente, buscó el arreglo; éste fue el motivo de su asesinato (28), con lo que se frustró un arreglo, cuando era posible.

Y ya hemos visto que el otro promotor, Martí, buscó una independencia federada a España, pues lo que temían más era quedarse solos, a merced entonces de los Estados Unidos. Es decir, que los que pusieron en marcha las dos guerras, la de 1868 y la de 1895, no las habrían hecho estallar con sus órdenes, de haberse podido aplicar una fórmula de arreglo. Como también la buscó Hostos (29), tal como lo expuso previamente en su conferencia en el Ateneo de Madrid.

Así, quedaron solos, el Ejército y la Armada, con una contribución heroica. Se habla siempre, en el caso de Cuba, del suicidio naval de Cervera, pero no del esfuerzo llevado a cabo para abortar las expediciones filibusteras y la defensa que los cañoneros hicieron de los pequeños puertos, donde lograron hacer fracasar los propósitos de desembarco de los norteamericanos.

Esto es, en fin, una triste realidad, con unos políticos que sólo se desvivían por los problemas menudos o no menudos, que se salpicaban ante ellos en España.

Allí, en la Gran Antilla, otros hombres, a impulso del romanticismo de la época, creador de Patrias —la griega, la polaca, la italiana de Garibaldi, la germana de Bismarck— querían crear la suya; como también los españoles, románticamente, luchaban por con-

(25) JOSÉ MARTÍ: *La Conferencia de Washington*, 1890, en O.C., tomo VI.

(26) JOSÉ MARTÍ: *El tercer año del Partido Revolucionario Cubano*, esc., 1894, en *Obras Completas*, tomo III, p. 142.

(27) JOSÉ MARTÍ: *El tercer año... El alma de la revolución y el deber de Cuba en América* [46], p. 143.

(28) Así lo pusimos de manifiesto. Vid. DEMETRIO RAMOS: «Causas del asesinato de Prim», en *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia* (San Juan), 1997.

(29) DEMETRIO RAMOS: *¿Fue posible evitar el 98?*, en el «Coloquio sobre el 1898», promovido por la Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León, celebrado en el Castillo de la Mota, en 1996 (en prensa).

servar lo que era suyo; y en el mar los marinos, movidos por el romanticismo permanente del deber y del honor, estaban decididos a hundirse con sus barcos a la bocana de Santiago, por donde siglos antes entraron otros españoles para sembrar la nueva realidad. Casi podríamos decir que eran dos romanticismos frente a frente, interferidos por quien no había aprendido aún a soñar.